VIDA PROSAICA.

COMEDIA EN UN ACTO

IMITACION DE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

Mr. OCTAVE FEUILLET

CON EL TÍTULO DE **LE VILLAGE**.

POR DON A. M. S.



MADRID,
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.
1861.

VIDA PROSAICA.

COMEDIA EN UN ACTO

IMITACION DE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES

Mr. OCTAVE FEUILLET

CON EL TÍTULO DE **LE VILLAGE**.

POR DON A. M. S.



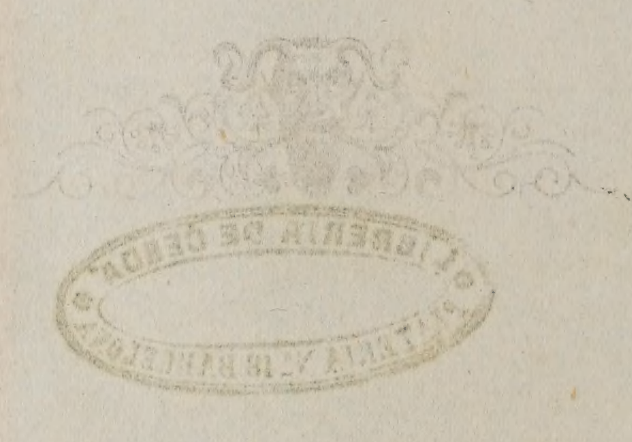
MADRID,
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.
1861.

PERSONAJES.

Don LEONCIO. — Doña LUISA.

Doña ENGRACIA. — Don ALEJANDRO.

MARIANA (*criada*).



CARTA LACRIMATORIA

DIRIGIDA

AL EXCMO. SR. D. VENTURA DE LA VEGA,

EGREGIO AUTOR DRAMÁTICO, ETC.

> *D. Pedro.*—¿La han impreso?
> *D. Eleuterio.*—Sí, señor. ¿Pues no se habia de imprimir?
> *D. Pedro.*—Mal hecho.
> (MORATIN.—*El Café.*)

Préstame, queridísimo Ventura, tu autorizado nombre para cobijar este atrevimiento mio de dar á la estampa la presente obrilla; y déjame que te cuente su historia.

Nuestro amigo el escultor Piquer, inteligente aficionadísimo y de buen gusto en materia de teatros, como todo Madrid sabe (y como lo prueba el precioso templo que en su casa ha erigido al arte, á sus propias expensas) asistió conmigo en Paris en el *Théatre français* á la representacion de *Le Village*, comedia de Octavio Feuillet (con perdon del *crítico* de *Las Novedades*, que se la cuelga á Emilio Augier): y ambos quedamos tan prendados, como lo queda siempre toda persona de buen entendimiento de lo que en aquel teatro se hace, y del cómo se hace.—(Ay!—Suspiro, y prosigo con mi cuento.)—Entusiasmado Piquer con la mágia de aquel diálogo, la tierna expresion de

afectos, y la economía sencillísima de la accion (con perdon del *crítico* de *La Correspondencia de España* que ha dicho que la comedia está *llena de episodios!!*) me exhortó á que la acomodase á nuestro teatro. Seguí el consejo; trasplanté á nuestro país la accion; refundí la pieza para vaciarla en turquesa puramente española; procuré igualarme al original en la pureza del lenguaje, en la elegancia del estilo, y en la propiedad del diálogo; pinté costumbres y caractéres españoles, en sustitucion de los franceses del modelo; añadí de propio marte algun incidente que justificase el desenlace y la leccion moral, más de lo que á mi ver lo están en *Le Village*, y creyendo haber hecho *algo*, os leí mi arreglo á tí, á Escosura, al marqués de Molins, á Valera, y á otros maestrazos. Ufano con la aprobacion unánime, y con los elogios de todos, dí con mi obra en el teatro (digámoslo así) de *Variedades*, y allí la representó la compañía dirigida por Arjona, que es buen director, que es buen actor, que es mi amigo, y que tambien ha visto en Paris *Le Village*.—En la noche del 22 de Enero se llenó aquel teatrillo de amigos del arte y mios: se hizo mi *Vida prosáica;* rieron y lloraron los espectadores; aprobaron los críticos; aplaudió el concurso; la parte más benévola de él pidió el nombre del *arreglador*, y aún llamó á su persona á la escena; pero su persona estaba léjos de donde pudiera sucumbir á tentaciones del amor propio.

Ahora bien, Ventura querido; á esto le llamaria cualquiera un triunfo de Octavio Feuillet y del género delicadísimamente afiligranado de su comedia; una gloria para mí por haber logrado demostrar prácticamente (como tú, y algunos pocos, otras veces) que la lengua castellana se presta sin ninguna desventaja á lo que llaman los franceses *aimable causerie*.

Pues sepa quien así pensare, engañado por el éxito de

la *primera* representacion, que á la *segunda*, lo que en términos de administracion teatral se llama *un lleno*, se convirtió en *medio vacío*, y que á la *cuarta*, este vacío se completó como hubiera podido hacerlo la más perfecta máquina pneumática.

Ahora bien, ¿debo yo imprimir la *Vida prosáica*, olvidando las severas máximas del D. Pedro del *Café*? Tú me contestas afirmativamente, y yo me rindo á tu parecer, pero dejándote la responsabilidad, y aquietando mi conciencia con advertir aquí á las empresas de teatros (á pesar de lo que en ello se perjudican mis intereses) que no pongan en escena esta comedia si no están seguras de contar con un público que prefiera la sencillez de la fábula á una artificiosa maraña de ridículos enredos; la expresion de afectos nobles y tiernos, á los ahullidos de pasiones borrascosas; la pintura suave de costumbres domésticas españolas, á los cuadros de brocha gorda de usos exóticos; la lengua armoniosa y pura de Castilla, á la jerga gabacha que hoy usan la mayor parte de los actores y traductores.

Me dirás tambien acaso que la representacion de piezas como *Le Village* requiere unos actores, y una escuela dramática especiales: mucha naturalidad y propiedad en los trajes y en la accion; mucha soltura y nobleza en el ademan; mucha armonía en el conjunto; varonil independencia, por no decir emancipacion, de la tiranía del consueta (cuya caverna es para nuestros actores más funesta que la de Polifemo para los compañeros de Ulises); hacer en los ensayos algo más que repetir el papel como el muchacho que repasa la leccion camino de la escuela; por último, se necesita que los actores encuentren en los registros musicales de una voz modulada los tonos que han de hacer vibrar las fibras simpáticas en el corazon de los oyentes.

¿Faltaron algunas ó muchas de estas circunstancias en el teatro de *Variedades?*

—*Ai critici l' ardua sentenza.*—De todas maneras exhortaria yo á otros directores á quienes se antoje poner en escena mi *Vida prosáica*, que se aperciban y pertrechen de un buen monton de aquellos requisitos, ó renuncien enteramente á la cosa.

Si los empresarios de teatros no siguen mi consejo, y dan mi comedieja sin tales precauciones y adminículos á un público cualquiera, se llevarán el chasco que en *Variedades* me llevé yo: que, por haber regalado billetes á una docena de amigos, al liquidar la cuenta de mis..... DERECHOS, me encontré con que, además del desaire literario, tenia que poner encima *diez y siete reales!*

Oh! quién pudiera resolverse á escribir en gringo libros disparatados de zarzuela!

A Dios, Ventura queridísimo, queda tuyo siempre

ANTONIO.

Madrid, 15 *de Febrero de* 1861.

ACTO ÚNICO.

Sala corta amueblada con aseo, pero de mal gusto. Puertas al foro y á la derecha del espectador. En el fondo un gran cuadro con una imágen de Nuestra Señora; delante de la cual arde una lámpara pequeñita. Una gran copa de azófar con lumbre; á la izquierda, ventana practicable.

ESCENA PRIMERA.

D. LEONCIO. D. ALEJANDRO, despues MARIANA.

Leoncio vestido con aseo, pero con cierto desaliño; Alejandro en traje de camino elegante, aunque algo exagerado: éste sentado junto á una mesa grande con manteles sobre la cual se ven los relieves de una cena: aquel de pié, pugnando por arreglar una gran lámpara de las de mecanismo llamadas *carcel*. Larga pausa.

(NOTA. Esta pausa durará hasta que haya dejado de hacer ruido el último tonto de los que llegan tarde.)

LEONCIO. Pues señor, no le da la gana de arder. Esto sin duda consiste en que...

ALEJ. Sí; consiste en que la elasticidad del muelle espiral..., como el reloj de D. Hermógenes. Consiste en que no arde, y en que tú no lo entiendes. (Se levanta á ayudarle.)

LEONCIO. Mira que te vas á llenar de aceite.

(Se limpia los dedos con una servilleta.)

ALEJ. Pues las trazas no son de que haya mucho.

LEONCIO. Lo mejor será llamar. Mariana!

(Toca una campanillita que estará sobre la mesa.)

MAR. Señor..? (Saliendo por el foro.)

LEONCIO. Que nos quedamos á oscuras.

MAR. Si estos chismes no valen nada; como cosa de extrangis! Donde está un velon de Lucena...

ALEJ. Con que no vale nada una lámpara *carcel?* (1)

MAR. Para la cárcel, no digo que no valga: porque como allí están tan desocupados, pueden entretenerse con ese *relocs.*

LEONCIO. (Sin dejar su tarea.) Pero tiene aceite?

MAR. De todo está aviada desde antiyer. Yo tengo para mí que estos candiles se han de atizar con manteca; porque como por aquellas tierras no hay olivares, las luces y los guisados y todico, lo hacen á fuerza de grasa.

LEONCIO. Y le habeis dado cuerda?

MAR. Pues no le digo á V. que hace dos dias que está aviada? La señora le anduvo ahí urgando.

ALEJ. Antes de ayer le dió cuerda? Pues tiempo tiene de haberse parado: venga, venga la llave.

(En ademan de arreglarla.)

LEONCIO. (A Mariana.) Mira, mejor será que te la lleves, porque se ha quemado toda la mecha. (Mariana va á tomarla.) Pero traenos ántes otra luz. (Vase Mariana.) Te sonries, eh? Te burlas de estas torpezas de lugar?

ALEJ. Yo? No por cierto.

LEONCIO. Ya se ve! Mi pobre mujercita en su vida las ha visto más gordas: y tú que...

ALEJ. Si te digo que yo no...

LEONCIO. Vamos, confiésalo; confiesa que un viajero universal como tú, que ha corrido las capitales más brillantes...

(Sale Mariana con un velon de cuatro mecheros todos encendidos, con pantalla verde, y unas despabiladeras, y dice al colocarlo sobre la mesa:)

MAR. Esto sí que es luz como Dios manda.

ALEJ. Magnífico! (Con ironía.)

MARIAN. Cuidadito con no menear la mesa, porque viene rebosando. (Vase.)

(1) Pronúnciese á la francesa *carsél.*

ESCENA II.

LEONCIO y ALEJANDRO.

LEONCIO. Ten paciencia, Alejandro mio, y considera que un lugaron de Andalucía, no puede parecerse á Paris, ni aún en el alumbrado.

ALEJ. Hombre, sí: pero un velon de Lucena á mediados del siglo décimo-nono!

LEONCIO. Como de esas extrañezas habrás visto en tus viajes... Pero, vaya otra copa de anisete, y prosigue contándome tus aventuras.

(Echa de una botella en sendas copas: ambos sentados se ponen á beber y departir con tono y ademan de conversacion confidencial.)

¿No estás cansado todavía de esa vida de judío errante?... Sin casa, sin hogar, sin sosiego, sin familia!... sin el trato de los amigos íntimos, sin la dulce fatiga de una ocupacion constante, de una tarea objeto de la vida!

ALEJ. El viajar, querido Leoncio, produce una sed hidrópica que jamás se aplaca. Tú me pintas sus inconvenientes, pero... ¿hay persona de buen entendimiento que pueda resignarse á hacer vida de pólipo ó de ostra, sin curiosidad de echar una ojeada á este planeta diminuto en que nos aprisionó la Providencia?

LEONCIO. No sé, Alejandro mio, que te diga. Tambien yo he tenido siempre grandes deseos de ver mundo. Cuando leo esas interesantes descripciones, esas aventuras en que el viajero narrador es, por supuesto, el héroe de la novela..., las piernas me hormiguean, se me hace la boca agua, y me dan impulsos de liar el petate, y echar á correr. Pero en esto llega la hora de cenar; oigo la voz de mi buena y amada Engracia que me llama á la mesa; percibo el olorcillo de algun sabroso cochifrito, ó de un par de perdices estofadas que me solicitan; noto... como ahora, el rumor de la lluvia y la ventisca, que azotan por de fuera los cristales...; diviso en lontananza un regalado y mullido lecho, y entonces... ay, amigo!... en-

tonces, cerrando mi alma á proyectos livianos, al mismo tiempo que cierro el tentador libro de viajes...; ceno en santa paz, acompañado de mi esposa y de su hermana; rezamos nuestras oraciones; voyme en seguida á la cama, y duermo como un liron.

ALEJ. En una palabra, que te hallas muy bien acomodado con el padre Quieto. Pero, Leoncio, ¿quién lo habia de decir?... Tú en otro tiempo tan vivaracho, tan calavera...

LEONCIO. No, calavera no.

ALEJ. Vaya, que cuando andábamos por aquel Madrid...

LEONCIO. En mil ochocientos veinte y nueve nada menos. Treinta veces doce meses han trascurrido ya! Caramba! Te acuerdas?

ALEJ. Toma!... si me acuerdo. Estábamos recien salidos de la universidad: tenia yo veinte y un años!

LEONCIO. Y yo más de veinte y tres.

ALEJ. Y parecias tú el más jóven: pronto echamos cada cual por su lado.

LEONCIO. Jurándonos amistad eterna...,

ALEJ. Y seguir correspondencia tirada...

LEONCIO. La correspondencia duró siete ú ocho meses.

ALEJ. Pero la amistad dura todavía, no es verdad?

LEONCIO. Y no acabará jamás... Oh, eso no.

(Se dan la mano con efusion.)

ALEJ. Pues por entonces recuerdo que tenias grandes deseos de viajar.

LEONCIO. Si te digo que todavía me punzan, y...

ALEJ. Y hablabas de salir de España...

LEONCIO. Pero mi horizonte más lejano era Roma. Con mi aficion á la pintura...

ALEJ. Es verdad que siempre andabas embadurnando lienzos: y hacias por cierto estupendos mamarrachos.

LEONCIO. Oh!... pero despues acá he adelantado mucho, muchísimo! Mira, esta Vírgen es de mi mano.

(Van los dos hácia el cuadro. Alejandro pasa de un lado á otro buscando el punto de vista.)

ALEJ. Copia de quién?

LEONCIO. Cómo es eso de copia?... Original, originalísima. Es una

Nuestra Señora de la Paz, composicion mia. La pinté para regalársela á nuestra parroquia: pero luego se prendó mi mujer de ella...

ALEJ. (Irónicamente.) Tánto es el mérito del cuadro?

(Sigue pugnando por distinguir bien la pintura.)

LEONCIO. De lo mejorcito que he sabido hacer. Pero tiene además otra circunstancia... interesante para la familia.

ALEJ. Ya! (En tanto que sigue haciendo por mirar el cuadro, saca la petaca y toma un cigarro.) Pues Leoncio, dicho sea sin agravio de tu originalidad; yo juraria que he visto ya esta Vírgen en alguna parte.

LEONCIO. No sólo no la has visto en otra parte, pero ni aún aquí tampoco. Deja, deja, mañana á buena luz.

ALEJ. Mañana al amanecer estaré yo á seis leguas de aquí.

(Alejandro dando espaldas al espectador, enciende el cigarro en la lámpara que alumbra á la imágen.)

LEONCIO. Con que te obstinas en... (Repara en que D. Alejandro se ha puesto á fumar, y corre á abrir la ventana.)

ALEJ. Esta noche me marcho sin remedio. (Estornuda, y dice poniéndose la mano en la nuca.)

Caramba! Qué corriente de aire! Pero hombre, estás empecatado? (Vuelve hácia el proscenio.)

LEONCIO. Eres propenso á romadizos? (Entornando la ventana.)

ALEJ. Tengo algo delicada la cabeza. Desde mi viaje á la zona glacial..... donde por más señas se me helaron dos dedos de este pié, suelo acatarrarme. Eso, y alguna que otra neuralgia...

LEONCIO. Hola! Con que tambien el oficio de viajero tiene sus quiebras?

ALEJ. Yo te diré: es imposible andar mudando de climas y de alimentos, y pasar tantas fatigas y penalidades, sin que la salud se resienta á veces: pero, ¡cuánta compensacion para estos ligeros inconvenientes! ¿Hay vida de mayor deleite que la que se pasa viajando? Esto meditaba yo cuando partiéndote de Madrid, me dejaste solo. Viendome soltero, y sin vocacion para otro estado, «salgamos, dije, á correr mundo. Quiero sentir y comparar: desnudarme de preocupaciones locales; vivir con

todas las naciones, como miembro de la gran familia humana; ser filósofo, cosmopolita, libre como el éter de los cielos!»

LEONCIO. Bravo!... Qué diantre de Alejandro! Con qué...

ALEJ. Dicho y hecho: formé mi plan. Mientras me dure la juventud, los viajes largos y penosos; para la edad madura, otras correrías menos arriesgadas. Así lo he cumplido exactamente... Del Brasil al Canadá; de la Siberia á la Australia; de las Antillas á la China y al Japon.

LEONCIO. Eso, eso es vivir! Mientras yo en este rincon...

ALEJ. Este pié que aquí ves, ha hollado las cimas de los Andes, y las crestas del Himalaya; las abrasadas arenas del desierto, y las eternas nieves de la Groenlandia. Las huellas de mis pasos se han confundido en la India con las del tigre y las del elefante; y en África se han cruzado con las de la hiena, y con las del leon del Átlas.

LEONCIO. No hay soberano en la tierra que no deba tenerte envidia. Pero, y despues?

ALEJ. Despues reconcentré mi itinerario. Di la vuelta hácia Europa, y desde entonces estoy, no viajando, sino paseándome. España, Inglaterra, Francia, Italia: á fuerza de recorrer estos y otros estados, y de cruzar de un punto á otro de sus costas, me he llegado á figurar que todo ello es una gran feria; y el Mediterráneo se me presenta hoy á la imaginacion, aún más exíguo que en otro tiempo el estanque del Retiro. Exposicion en Lóndres?... A Lóndres. Una nueva cantatriz en Nápoles? A Nápoles. Se baten en Magenta y Solferino? Allá me voy á verlo, ni más ni menos que el año anterior á las corridas de toros de Pamplona ó de Jerez. Cuando me acucia el instinto gastronómico, á comer bien ocho dias en Paris. Cuando me aqueja el capricho balneario, voy á darme tres baños en Panticosa, seis en los Pirineos, cuatro en Ostende, y ocho ó diez en Hombourg ó en Baden.

LEONCIO. Me hierve la sangre sólo de oirte. Muchas fatigas habrás pasado, pero tantas cosas curiosas que recordar!... Y el deleite de referir esas maravillas!

ALEJ. En efecto, es un placer de que tú, pobre caracol, no puedes tener la más remota idea. Ello, á la verdad, no faltan sus percances: vuelcos de diligencias en España; explosiones de locomotivas y vapores en los Estados-Unidos; tempestades y naufragios en todos los mares. Peligro de que le asalten á uno en Andalucía, en Italia y en Méjico, los bandidos; en la Occeanía los piratas; en Africa los beduinos; y en todas partes las mujeres pedigüeñas. Pues á pesar de eso, y de que en algunas ocasiones se pasan hambres y en otras sed, ó tal vez hay que apechugar con manjares asquerosos, todavía, amigo Leoncio, con todos estos inconvenientes, y aún á riesgo de quemarse en un volcan, ó de verse uno sepultado en los Alpes entre nieve, ó de que le devoren los tigres en Bengala, no hay duda que es una delicia el viajar.

LEONCIO. Pues ya se ve que sí. (Arrebatado.) Quién hubiera podido!... Pero á mí me arrastró el destino á otra corriente. Ya recordarás que el venir yo aquí fué para recoger la herencia de mi tio. Este pueblo me encantó por el risueño aspecto de su campiña, por su clima apacible....

ALEJ. Ya, ya!... y por los hechiceros atractivos de la parte femenina de su poblacion.

LEONCIO. Te diré: estos asuntos de testamentaría suelen ser largos. A fuerza de buscar en qué entretener el tiempo, tropecé con el rostro angelical de una niña tierna....

ALEJ. Que es hoy mi señora doña Engracia, tu legítima consorte.

LEONCIO. Justamente. Ya se ve, yo era entonces mozalvete, apuesto y galan, y no poco emprendedor; acababa de llegar de la córte....

ALEJ. Y de heredar.

LEONCIO. (Interrumpiéndole con viveza.) Poco favor haces á mi Engracia, que sobre ser desinteresada, poseia doble hacienda que su pretendiente.

ALEJ. Pues dígote que era mujer cabal.

LEONCIO. Éralo sin duda; porque á esas circunstancias añadia prendas muy recomendables. Virtuosa, afable, dócil y modesta....

ALEJ. Sí, sí, lo creo; pero me parece....

LEONCIO. Qué?

ALEJ. Perdona la franqueza: así, algo llanota.

LEONCIO. Sencilla es; pero si vieras qué profundidad en su talento!... qué elevacion de ideas!...

ALEJ. Sí, tú lo dirás por ciertas ideas.... santas y buenas, no hay duda; pero, no te parece que eso ya frisa en gazmoñería? y para tí, casi volteriano....

LEONCIO. Nunca fuí incrédulo ni impío. Y sobre todo, desde que me enamoré, querrás creerlo? me hice hasta fervoroso.

ALEJ. Ya.... por acomodarte á....

LEONCIO. No lo creas; (con sencillez) sino que tengo para mí, que el amor, siendo puro, eleva el alma. Y el alma que se eleva, y el corazon que se abre á los sentimientos nobles y á los tiernos afectos, son naturalmente religiosos.

ALEJ. Y si tu novia, á uso de lugar, te daba citas para la iglesia en noches como esta!... Mira que el irse con semejante temporal á la novena, es ocurrencia: ni más ni menos que la tuya de tenernos abierta la ventana.

(La cierra.)

LEONCIO. Has de saber que á mi Engracia le hace daño el humo del cigarro.

ALEJ. Pero hombre, qué atraso! qué ordinariez!... Ahora que fuma ya todo el mundo. Hasta los hotentotes. En Paris....

LEONCIO. En Paris, se enciende el cigarro á media comida como tú has hecho hoy cenando?

ALEJ. No te diré que.... así en mesas de cumplido...; pero ya que tan sin piedad me lo echas en cara, sábete que si saqué el cigarro, fué para que me ayudase á conllevar ciertos platos de estilo provincial, que para ustedes serán muy sabrosos; pero lo que es para mí....

LEONCIO. Ay, si mi pobre mujer te oyera! Ella que habia echado el resto!

ALEJ. Lo creo: sobre todo en materia de ajos y cebollas, estoy seguro de que ha echado el resto: no habrá quedado uno en la despensa.

ESCENA III.

DICHOS Y MARIANA.

MAR. Señor?

LEONCIO. Qué hay ?

MAR. Palabra, con permiso. (Háblale aparte. Alejandro los atisba con aire fisgon.)
Nada, señor: que no se encuentra té en todo el pueblo.

LEONCIO. (Despues de haber meditado.) Han ido á la botica ?

MAR. Ni miaja; porque parece que desde que anda este colerina, lo receta mucho el médico.

LEONCIO. Que vayan de mi parte á casa del ingeniero inglés.

MAR. El del feo-carril ?

LEONCIO. Ese mismo: mister Coolbrown. (1)

MAR. *Miusté el culebron* lo tiene, sí señor; pero al escribano le hizo pagar ayer cuarenta y ocho reales por media libra.

LEONCIO. Pues á cualquier precio: que vean de comprarle un cuarteron siquiera. (Vuelve con Alejandro.)

MAR. (Yéndose.) (Cuidado que el diablo del forasterito nos trae la casa revuelta.)

ALEJ. Espérese usted. (Toma á Leoncio de la mano y se le lleva aparte.) Leoncio: entre nosotros debe reinar la mayor franqueza. Sospecho que tu familia anda algo apurada para obsequiarme...... la verdad.

LEONCIO. Nada de eso: todo el misterio es que no hay té en casa... Es decir, que se nos ha acabado; pero ya he dicho á ésta....

ALEJ. No quiero ya té.

LEONCIO. Qué disparate! Pues no faltaba más! (A Mariana.) Anda adonde te he dicho.

MAR. Y diga V., señor: (Acercándose á Alejandro.) por si no se encuentra el té ni vivo ni muerto, no daria lo mismo un poco de manzanilla?

(1) Pronúnciese *Cuul-braun.*

ALEJ. Huy! qué blasfemia!

LEONCIO. Mujer, haz lo que te mando y no te metas en otros dibujos.

MAR. Al instante. Ya está hirviendo el agua en la chocolatera. (Vase.)

ALEJ. En la qué?... (Corre á la puerta.) Oiga V., Juana, Rafaela!... Cómo se llama esta mujer?

LEONCIO. Mariana.

ALEJ. Mariana!

MAR. (Vuelve á salir.) Llamaba V.?

ALEJ. Qué chocolatera es esa que V. dice? (Con mucho interés.)

MAR. Toma! la del chocolate.

ALEJ. Y en ella pensaba V. hacer el té?

MAR. Pues no le hago la salvia á la señorita, cuando le da el histérico, y sale tan ricamente?

ALEJ. Y el café que hemos tomado de sobre-mesa...?

MAR. Muchito que sí. Pues qué queria V.? que se cociera el café en las ollas que tienen grasa? Si pensará su mercé que por acá no sabemos cocinar?

ALEJ. Ya decia yo!... Señor, á qué sabe este café?... Paladar bien fino se necesitaba para adivinar esa combinacion de chocolate, salvia, malvas, manzanilla... y quién sabe si ese recipiente habrá servido alguna vez para confeccionar tambien cataplasmas y sinapismos? Y tú, Juan Lanas, (A Leoncio.) que en vez de escandalizarte te estás ahí riendo....

LEONCIO. No te enfades, Alejandro mio; pero forma tal contraste el refinamiento de tus gustos, con la sencillez del laboratorio de Mariana!...

MAR. Con qué, en fin, qué se hace?

LEONCIO. Ir á buscar el té en casa del inglés y hacerle pronto.

ALEJ. No, no: eso de hacerle corre de mi cuenta. Yo traigo siempre conmigo mis aparatos de espíritu de vino, y en un instante....

LEONCIO. Anda, Mariana.

MAR. (Qué señor éste! tan delicado, tan cominero, y tan media-almendra!)

ESCENA IV.

ALEJANDRO. LEONCIO.

ALEJ. Otro acceso de risa?

LEONCIO. Es que se me ha venido á la memoria lo que le decias en la mesa á mi mujer: que tus viajes te habian familiarizado con los manjares mas extravagantes y exóticos; que á todo te avenias!

ALEJ. Y así es la verdad. Pero cuando uno se cree en país civilizado.... Fígurate tú que yo he comido el alcuzcúz en la tienda del árabe, el cáry incendiario en las orillas del Ganges; en Java el repugnante tripang, que es el arenque de aquel país; en Mindanao, medula de asta de ciervo, y corazon de bambú; en China el famoso nido de pájaro que se vende á peso de oro, y no por eso es menos insípido: en la Luisiana he comido la ardilla parda, y en Panamá carne de mono.

LEONCIO. Cuánto daria yo por poder decir otro tanto!

ALEJ. Tú te metiste fraile mostén.... Os enamorais como unos páparos, y creeis que el verdadero amor consiste en esclavizarse, en embrutecerse.

LEONCIO. Dichoso tú que has sabido conservar tu corazon ileso!

ALEJ. No digo tal... ¿crees tú acaso que yo no....

LEONCIO. Sí, me figuro.... aventuras pasajeras propias para llenar un folletin de periódico.

ALEJ. Te equivocas: amores, y muy formales.

LEONCIO. (Con interés.) Cuéntame eso, cuéntame. Alguna georgiana, eh?... alguna fascinadora limeña?

ALEJ. No por cierto: una española, y el suceso fué... aquí, en Palma de Mallorca.

LEONCIO. Oh! es que las hay hermosas entre las mallorquinas. A lo menos, así me lo cuenta mi cuñada María Luisa que ha estado allí.

ALEJ. Luisa, aunque no María, se llamaba tambien ésta. Pero no puedes imaginarte un conjunto semejante de gracias y buenas prendas: figura noble, recato, talen-

to; aquella honesta afabilidad que es el más precioso engaste de la belleza...

LEONCIO. Y ella te correspondia?

ALEJ. Por su desgracia... y por la mia tal vez.

LEONCIO. Pues cómo así?...

ALEJ. Son tristes recuerdos; pero en fin, te diré, en globo, que una tia, á cuyo cargo estaba mi Luisa, apenas echó de ver los primeros síntomas de nuestras relaciones, le prohibió severamente hablarme y verme. Hice que llegase á sus manos un papel; contestó ella confesándose enamorada: siguió la correspondencia algunos dias; pero de allí á muy pocos enfermó Luisa. Yo, ciego por el afan de verla, soborné á una criada que me dió entrada en la casa: fuí sorprendido, hubo alboroto y escándalo. Achacaron á mi amada una complicidad, de que estaba en verdad bien inocente: un jóven pariente suyo, y aún sospecho que aspirante á su mano, me retó: reñimos, le dejé mal herido. En fin, por evitar las consecuencias de tal cúmulo de casos desgraciados, me embarqué para Constantinopla en una goleta levantina.

LEONCIO. Y no hiciste gestiones luego?..

ALEJ. Para saber de Luisa? Hice algunas. Mas con rubor lo confieso... no habiendo tenido resultado por de pronto, el tiempo... las distracciones...

LEONCIO. Te hicieron olvidar á la que tanto habias comprometido. Así juegan los mozos inconsiderados con la honra y el porvenir de las mujeres!

ALEJ. No te negaré que muchas veces me agita este recuerdo como un remordimiento! Aunque lo probable es, que ella tampoco se acordará de mí... Y sobre todo, yo no nací para casado.

LEONCIO. Pero naciste para inquietar corazones de doncellas, y...

ALEJ. Ay, Leoncio! (Levantándose impaciente.) Si yo tuviera gana de sermon, me hubiera ido con tu mujer á la iglesia.

LEONCIO. Y en verdad que ya tarda. (Mirando el reloj.)

ESCENA V.

DICHOS. MARIANA: despues ENGRACIA.

MAR. Señor: doña Ruperta envia un recado á saber cómo están sus mercedes, y que quién ha caido enfermo en casa.

LEONCIO. En casa!

MAR. Yo le diré á V.; como se ha sabido por todo el pueblo que andábamos en busca de este yerbajo de mis pecados... (Arroja sobre la mesa un cucurucho.)

ALEJ. Desventurado té, y lo que ha revuelto!

MAR. Y luego, como se ruge si hay ó no hay algo de colerina...

LEONCIO. Bien, bien: pues dí que...

MAR. (Con sarcasmo y mirando á Alejandro de reojo.) Y luego, como en este pueblo ningun cristiano toma té, si no tiene cólico...

ALEJ. Pues el inglés... (Sonriéndose con soflama.)

MAR. Ningun *cristiano* he dicho, y ese es medio moro.

LEONCIO. Bien, Mariana; no seas bachillera, y vete; y contesta al recado de doña Ruperta que lo estimamos. Y sobre todo, vete.

MAR. Ya me voy, señor: vaya!

LEONCIO. Ha venido la señora?

MAR. Ahoritica vendrá, que ya parece que salen de la iglesia. (Vase refunfuñando.)

ALEJ. Está visto: Mariana me ha declarado la guerra.

LEONCIO. Estos criados antiguos...

ALEJ. (Examinando el cucurucho.) Hola! y el té parece bueno. Aguardarémos á madama.

LEONCIO. Aquí la tienes. (Sale doña Engracia.)

ESCENA VI.

DICHOS y DOÑA ENGRACIA: despues MARIANA.

ENG. Santas y buenas noches.

ALEJ. Nos ha encomendado V. á Dios?

ENNG. Con toda el alma. (Quitándose y doblando la mantilla.) Y he rezado un acto de contricion por que me perdone á mí lo mal que le he dado á V. de comer.—Mariana!

ALEJ. Usted se burla. (Sale Mariana.)

ENG. Toma esta mantilla. No ha venido María Luisa?

MAR. Entodavía. (Vase con la mantilla.)

ENG. Ay! cómo apesta aquí á cigarro!...

ALEJ. (Somos perdidos.) (Arrojando con disimulo medio cigarro que se habia dejado encima de la mesa.)

ENG. (A su marido con aire severo.) Supongo que habrá fumado sólo el señor.

LEONCIO. (Con blandura.) Él sólo ha fumado.

ENG. Como yo te viera otra vez con el cigarrazo! (Con severidad cariñosa.)

LEONCIO. Hija mia, si sabes que ya he perdido la costumbre. (Engracia besa el rosario que trae, se le guarda y se sienta.)

ALEJ. (Aparte á Leoncio.) Mira, si te ha de azotar, que no sea delante de mí.

LEONCIO. (Aparte á Alejandro.) Majadero!

ALEJ. Sí, señora mia: yo solo soy el criminal. El buen Leoncio se ha abstenido, y como esclavo sumiso...

ENG. ¿Esclavitud llama V. procurar complacer á su esposa; no acercarse á ella con un aliento pestífero; no ahumar los aposentos; no andarme escupiendo toda la casa?

ALEJ. Pues señor, diatriva en regla.

LEONCIO. Pero, hija mia, hazte cargo de que estás motejando indirectamente á...

ENG. Indirectamente, no.

ALEJ. Pues la franqueza no se paga.

LEONCIO. Vamos, pichona, dejemos eso.

ALEJ. (Habrá calzonazos!)

ENG. Es que tenia deseos de vengarme. (En tono jovial.) El señor me ha criticado mi pobre mesa, y yo le critico su malvado vicio de fumar.

ALEJ. Prometo la enmienda; y ahora permítame V. que para desenfadarla le haga una taza de té á la manera inglesa.

ENG. Por no desairar á V...

LEONCIO. Y has de saber que el dichoso té trae sobresaltado á todo el vecindario.

ENG. Ya me lo han dicho al salir de la iglesia. Don Pascual me preguntó si estabas tú malo. Por señas que iba con su hija, que está desmejoradísima. (Volviéndose á Alejandro.) Figúrese V. que era una niña preciosa; pero se llevó un susto el dia de las elecciones, cuando apalearon á su padre los del otro partido, con pretexto de que él habia trabucado las papeletas; pero todo ello son envidias, desde que compró la huerta..., esa tan hermosa que habrá V. visto junto á la ermita. Pues, amigo de mi alma, la Teresita, que estaba ya qué sé yo cómo, tuvo un arrebato, y desde entonces parece que no...

LEONCIO. Pero, Engracia, por Dios, qué le importan á Alejandro los sucesos de este lugar?

ALEJ. (Es tonta rematada.)

ENG. Como son amigos de casa... Mariana! (Llamando.) Voy á mandar subir una botella de Málaga dulce para despues del té.

ALEJ. Ay! no, no señora: por mi parte á lo menos.

ENG. Vaya, pues otro dia será. Mariana!

ALEJ. Yo voy á buscar mis chismes para hacer el té, y... *vous m'en direz des nouvelles* (1). (Acercándose á Engracia.)

ENG. Y eso, qué quiere decir?

LEONCIO. Que te vas á chupar los dedos.

(Al irse Alejandro por la derecha, tropieza con Mariana que viene con ropa de camas sobre el brazo como de estarlas haciendo: Alejandro tiene que cederle el paso.)

ESCENA VII.

DICHOS. MARIANA.

MAR. Llamaba V.?

ENG. Y la señorita? No ha venido de casa de la tia?

MAR. Ya está de vuelta hace media hora.

(1) *Vú mandiré de nuvel.*

ENG. Y por qué no sale aquí?

MAR. Qué sé yo!... Le dará vergüenza ver á ese señor tan atronado y tan...

LEONCIO. Eso es !... á ver si á fuerza de ordinarieces hacemos creer á Alejandro que somos una horda de salvajes. (A Mariana.) Anda, y dí á María Luisa que esperamos tenga la bondad de presentarse.

ENG. Y tráete una bandeja con cuatro tazas: todas iguales, estás? y el azucarero; y unos mantecados.

MAR. (Otra merienda!) (Aparte al irse por la derecha.)

(Pausa.)

ENG. Parece que estamos de hocico?

LEONCIO. No me gustan las tonterías.

ENG. Acaso he hecho yo alguna?

LEONCIO. (Severo.) No lo sé.

ENG. La duda agravia. (Sale Mariana por el foro.)

MAR. Pregunta la señorita que cómo se llama el forastero.

LEONCIO. Otra pampringada!

ENG. Dile que se llama (Con dignidad.) amigo de mi marido.

LEONCIO. Dile que se llama D. Alejandro de Lara; pero que si el nombre no es de su gusto, se puede quedar allá en su huronera mi señora doña Luisa. (Vase Mariana.)

ENG. Leoncio, estás tremendo! Estás desconocido!

LEONCIO. Engracia, lo que estoy es cansado de.... pequeñeces.

ESCENA VIII.

DICHOS: ALEJANDRO, sale trayendo con dificultad un enorme cajon.

Traigo el nécessaire (1) entero para aprovechar la ocasion de lucirle. (Le pone sobre la mesa.) Me le hicieron en Lóndres, y es completísimo. Van ustedes á ver un milagro de industria y de buen gusto.

ENG. Y eso es un estuche de viaje?

ALEJ. Lleno de cuantas cosas útiles se pueden imaginar. Es comodísimo. Con éste y con mis seis maletas, no se

(1) Pronúnciese *neceser*

me puede ocurrir cosa que no encuentre á la mano.

ENG. Más cómodo seria llevar una casa á cuestas.

(Alejandro saca un manojo de llaves: abre con una el estuche y empieza á sacar frascos, cajitas y baratijas; y por último, una cafetera con su lamparilla para espíritu de vino.)

ALEJ. Preparemos ante todas cosas lo necesario para el té.

(Arma el aparato, echa agua en la cafetera y enciende la mecha.)

LEONCIO. (Examinándolo todo con curiosidad.) Qué invenciones tan admirables! Es mucha Inglaterra!

ALEJ. Ahora, ahora te enseñaré. Mira. (Vuelve á la caja y va sacando lo que dice el diálogo.) Ya ves, todos estos adminículos para la toilette! (1) Pues además de esto, y de un escritorio completísimo, aquí tienes: termómetro; barómetro; telescopio; reloj de sobremesa; dos revolvers; una podadera; una romana; un cornetin de llaves; reclamo de codornices; un metrónomo, y un látigo.

ENG. Pues no le falta á V. más que oratorio y capellan.

LEONCIO. Sí, y un manantial de aguas termales.

ALEJ. Burloncita.... eh? pero vamos á ver si esto hierve. (De aquí en adelante irá poco á poco empaquetando los objetos del estuche. Sale Mariana con bandeja, etc., lo deja sobre la mesa y vase.)

ALEJ. Ah! me tomaré la libertad de decir á ustedes que aquí sobra una taza.

ENG.
LEONCIO. } Por qué?

ALEJ. Porque si no me engaño, he puesto en precipitada fuga á la dama á quien sin duda se destina.

LEONCIO. Es posible!... (Con muestras de enojo.)

ALEJ. No lo extrañes. Al salir yo de aquí, divisé en la penumbra de esos corredores la vaga sombra de una mujer que en viéndome retrocedió espantada, y....

LEONCIO. Si digo yo que.... (Dando una fuerte manotada sobre la mesa.)

ALEJ. Eh! qué me viertes el agua! pero si no tiene nada de particular. Con esta facha mia, con estas barbas....

LEONCIO. Calla, por Dios (A Engracia que le hace señas para que se aplaque.) mujer, calla por Dios!

(1) Pronúnciese *tualet*.

ESCENA IX.

DICHOS. MARIANA.

MAR. Señora, dice la señorita que haga Vd. el favor de ir al momento.

ENG. Se ha puesto mala?

MAR. Me temo que la convulsion....

(Vase Engracia por el foro apresuradamente. Mariana se acerca á Alejandro mostrándole lo que trae en el hueco de la mano.)

Caballero, ¿me querria V. cocer ahí en esas alcuzas este puñado de manzanilla?

LEONCIO. Pero, Mariana....

MAR. Si es para la señorita que está mala.

LEONCIO. Mariana, (Irritado.) quítate de mi vista. (Vase Mariana.)

ESCENA X.

ALEJANDRO. LEONCIO.

ALEJ. Leoncio, te veo de mal talante. (Sentado.)

LEONCIO. (Paseándose agitado y á veces se pára á hablar.) Me sacan de quicio estas simplezas de mujeres.

ALEJ. Todo consiste en que para esta atmósfera espesa, en este mar muerto de los lugares, la brisa más ligera es un huracan. Ya lo ves: mi venida ha producido casi una revolucion. Tu amada esposa apurada para darme de comer; los criados gruñendo porque hay tarea extraordinaria; el pueblo alborotado porque pedimos té; tu cuñada, arisca como buena lugareña, escondiéndose del forastero; y tú amenazado de divorcio por el malhadado perfume de un cigarro. Te aseguro que estoy, más que de mis pecados, arrepentido de haberme desviado de mi itinerario para llegarme á hacerte una visita.

LEONCIO. Tú tambien exageras.

ALEJ. No exagero. La influencia de esta existencia raquítica,

de este vegetar uniforme, es perniciosa, mortífera. En fin, tú mismo estás desconocido.

LEONCIO. ¿Y quién te ha dicho que yo no pienso salir jamás de aquí? Si he permanecido tranquilo algunos años, es porque así lo ha exigido el cuidado de mi hacienda, la educacion de mis hijos.

(Durante este diálogo Alejandro va preparando el té.)

ALEJ. Hijos! Pues cuántos tienes?

LEONCIO. Por desgracia ya no me queda más que una hija. La hemos casado este verano, y vive ahí en las cercanías: al mayor, á mi pobre Leoncio, le enterramos hace tres años, cuando aún no tenia diez y nueve.

ALEJ. Y ni aún para distraer esa pena has salido á....

LEONCIO. (Con viveza.) Pero hombre, ya saldré: te digo que saldré!

ALEJ. Y yo te digo que has echado más raíces que un alcornoque.

LEONCIO. Y yo te repito que aún cuando no sea para correr la Ceca y la Meca, como tú, viajaré; sí señor, saldré,... á desenfrailar un poco: y muy pronto.

ALEJ. (Con fisga.) Eso si te lo permite mamá Engracia.

LEONCIO. Mamá Engracia está siempre sumisa á mi voluntad.

ALEJ. (Echándole los lentes con soflama.) Sumisa eh? Pues esta es la vez primera en que mis *quevedos* me representan los objetos al revés.

LEONCIO. Más te digo: tan aburrido estoy, hoy especialmente, que si te detuvieras tres dias, me marchaba contigo.

ALEJ. Tres dias!... Con uno sobraba para desaburrirte y hacerte variar de parecer.

LEONCIO. (Picado.) Pero tú te figuras que yo soy un badulaque, un pelele; sin voluntad propia, sin energía!

ALEJ. Yo me figuro.... la verdad: que tú estás añoñado, y que tu esposa, por lo mismo que (Irónicamente.) siempre se somete á tu voluntad, se da maña para encarrilar tu voluntad por el camino de su capricho. No me vengas con gestos ni aspavientos. La verdad aunque amargue, es la verdad. (Pausa.) Y sino, á que no eres hombre para venirte al instante conmigo?

LEONCIO. Esta noche? y con un tiempo semejante!

ALEJ. Ahí tengo el coche en la posada; traigo en él mantas, pieles, provisiones y buen vino : con qué, haz un lio de ropa blanca, y echemos á correr.

LEONCIO. (Perplejo.) Aguárdame siquiera hasta mañana.

ALEJ. Tuh! tuh! tuh! como si yo no supiera lo que una mujer puede trastornar en una noche! Ó arrancas ahora ó nunca.

LEONCIO. Ah! Satanás tentador!

ALEJ. Con qué, vaya, te decides?

(Sale Mariana por el foro.)

MAR. Dicen las señoras que se vayan sus mercedes sorbiendo eso, que luego parecerán ellas por aquí.

ALEJ. Corriente. (Sirve té en dos tazas.)

LEONCIO. (Que se halla junto á la puerta.) Cómo se halla la señorita?

MAR. Ya va mejor. (Aparte á Leoncio.) Señor! No sabe V.?...

LEONCIO. Qué?

MAR. Que la señorita conocia á este caballero.

LEONCIO. (Atónito.) A éste?...

MAR. Chis : y parece que han tenido sus dares y tomares.

LEONCIO. Cuándo?.. Dónde?

MAR. En Mallorca : pero no diga V. nada.

LEONCIO. Aaah!... ya lo entiendo!

MAR. Por Dios! (Recomendándole el silencio y se va.)

ESCENA XI.

LEONCIO. ALEJANDRO.

ALEJ. Volvemos á los misterios?

LEONCIO. No; no es nada.

ALEJ. Pues ven á tomar tu taza de té; y en seguida á hacer la maleta.

LEONCIO. (Ensimismado.) Qué singular coincidencia!

ALEJ. Vamos, vienes?

LEONCIO. Sí : tomarémos té, (Resuelto.) y en seguida nos marcharémos.

ALEJ. Victoria! Victoria!... (Alborozado. Siéntanse á tomar el té.)

LEONCIO. Y para animarme, cuéntame algo más de tus aventuras. No se repitió la de Mallorca?

ALEJ. No por cierto.

LEONCIO. Te curaste radicalmente de tu pasion amorosa?

ALEJ. No tan... pronto como yo creia... Y eso que hice grandes esfuerzos para distraerme. De Constantinopla pasé al Cairo con ánimo de incorporarme á una carabana de la Meca; pero no pudiendo desechar la memoria de Luisa, mi hipocondría degeneró en ictericia.

LEONCIO. Cáspita!

ALEJ. Caí en fin en la cama con una fiebre maligna, y...

LEONCIO. Terrible situacion!

ALEJ. Es la peor en que puede hallarse un viajero.

LEONCIO. Y quién te cuidó?

ALEJ. Quién se habia de tomar ese trabajo? Asistencia mercenaria tuve, la que me proporcionó un comerciante conocido mio... (Ligera pausa.) Angustiosa fué la impresion que recibí al volver en mi acuerdo á deshora de la noche despues de una peligrosa crísis! Abrí los ojos, apliqué el oído: recogí mis casi extenuadas fuerzas, haciendo por esclarecer la confusion de mis ideas.—Halléme tendido sobre una mala cama, en una lóbrega y desnuda estancia, escasamente iluminada por una lamparilla. Una especie de practicante francés, y una vieja su compatriota, estaban en un rincon, hablando á media voz de mi enfermedad; y calculando friamente las horas que me quedarian de vida. Preguntábanse con avidez en dónde estarian mis maletas, y si mi corresponsal era hombre que pagaba bien!... En aquel trance me pareció mi soledad espantosa! Traje á la memoria mi casa paterna; la cariñosa asistencia que en ella solia darnos mi tierna madre en nuestras más leves indisposiciones: representábanse en tropel á mi fantasía todas las comodidades, todo el regalo, todas las delicias del hogar doméstico!... y, ya se ve, como aún bullia en mi cerebro la idea dominante, hasta me ocurrió que si me hubiera casado con Luisa...

(Se interrumpe conmovido y se esfuerza para dominarse.)

LEONCIO. Pobre Alejandro!

ALEJ. ¿Pero á qué viene hablar ahora de estas cosas? Ea! fuera ideas lúgubres. Se acabó el té. Corre : haz tu maleta, y en marcha.

LEONCIO. Pero hombre, va de veras?

ALEJ. Ahora estamos ahí! Ya veo que eres un...

LEONCIO. No, no; lo dicho dicho.

ALEJ. Ea, pues á marchar. (Limpia el aparato y le mete en el estuche.)

LEONCIO. A marchar.

ALEJ. A Córdoba esta noche... á Madrid dentro de tres dias.

LEONCIO. Corriente.

ALEJ. A Paris en seguida.

LEONCIO. A Roma despues.

ALEJ. Bien : pasando por Milan y Florencia...

LEONCIO. Magnífico itinerario!

ALEJ. (Empujándole.) Pues véte á hacer el maletin.

LEONCIO. Pero me ocurre una cosa.

ALEJ. Otra dificultad?

LEONCIO. Ya ves que no puedo irme sin decírselo á mi mujer.

ALEJ. Por supuesto que no. Le dices que me vas á acompañar ahí... hasta Córdoba. Desde Córdoba le escribes que yo te he instado á que te vengas por unos dias á Madrid....

LEONCIO. Ay! no, no, Alejandro : yo no quisiera que mi mujer me engañase á mí nunca ; y si alguna vez llega á hacerlo, que á lo menos no pueda disculparse con mi ejemplo.

ALEJ. Quieres una cosa?... que yo me encargue de prepararla, y despues tú...

LEONCIO. Gran favor me harias!

ALEJ. Pues vete á acomodar tus apatuscos, y déjamela á mí : buen ánimo!

LEONCIO. (Va y vuelve dos ó tres veces hácia la puerta del foro titubeando.) Corriente! pero... Vaya, no... (Vase.)

ESCENA XII.

ALEJANDRO.

Al fin se decidió! al fin voy á sacarle de este pantano, á descortezarle... Ahora nos verémos las caras, mi señora

doña Engracia. Yo soy enemigo encarnizado de las mujeres que alzan descaradamente el estandarte de la rebelion: pero no lo soy menos de estas gatitas de Mari-Ramos, que aparentando cándida humildad, son verdaderos tiranos de sus maridos... Pase que en la luna de miel...; pero al cabo de veinte años de mimo conyugal, tener al pobre Leoncio siempre cosido á los autos! Uf! para mi genio! Así está el infeliz; hecho un palurdo, y... Calle!... pues ya está aquí mi enemigo. Demos resueltamente la batalla.

ESCENA XIII.

DICHO. ENGRACIA.

ENG. Ay, Sr. D. Alejandro!... Cuánto siento haberle dejado á V. así!

ALEJ. No importa nada.

ENG. Mi pobre hermana ha dado en padecer de los nervios: se sintió mala, y... pero, y Leoncio?

ALEJ. Ha ido por allá arriba á arreglar sus cosas. No le ha dicho á V...?

ENG. Me ha enviado á pedir las llaves de los armarios: como yo estaba asistiendo á mi hermana...; pero, ya presumo: V. habrá necesitado algo.... y él que no entiende.... me vá á revolver todo aquello. (Ademan de irse.) Dígame V. lo que le hace falta: por supuesto que será para quedarse con nosotros?

ALEJ. Nada de eso, no señora. Hágame V. el favor.....

(La trae por la mano hácia una silla y la insta á que se siente, sentándose él á su lado.)

ENG. Qué misterio! (Sorprendida.)

ALEJ. Ninguno. Usted me ha hecho dos preguntas, y voy á satisfacer á ellas.—«Que si me quedo.» No, señora: dentro de un breve rato regreso á Córdoba.—«Qué es lo que me hace falta» me ha preguntado V. además. Pues bien, lo que me hace falta..., y V. no me lo rehusará..... es Leoncio.

ENG. Mi marido! (Levantándose sobresaltada.) No;.... pero... (Con risa afectada, muy conmovida y volviendo á caer en la sillla.) pero no será para... llevársele á viajar.... á mi Leoncio? no es verdad? V. se chancea : á viajar!

ALEJ. Señora!.... viajar ! viajar ! Ps ! si viajar se llama andar corriendo todo el mundo, como yo acostumbro...., cierto que no.....; pero así, acompañarme unas cuantas leguas.... hasta Madrid por ejemplo.....

ENG. A Madrid! (Consternada.) Y no haberme dicho nada!

(Toma con mano trémula un vaso de sobre la mesa y bebe agua. Alejandro se pasea observándola de reojo.)

ALEJ. Claro es que se lo ha de decir á V., y despedirse...., y dejarle á V. sus instrucciones. (Viéndola enjugar las lágrimas.) (Adios, ya empiezan los embelecos.) Usted conoce que una corta ausencia....

ENG. Ay, que para mí no hay ausencias cortas!

ALEJ. Pero, señora, hágase V. cargo de que un hombre de cincuenta años no puede estarse eternamente metido en este rincon, aburrido, embruteciéndose.., sin trato de gentes, sin darse á conocer... Además, yo no sé si él tiene allá en la córte algun negocio.

ENG. V. no lo sabe : pero yo sí sé que mi marido nada tiene que hacer en Madrid.

ALEJ. En fin, aquí hemos estado hablando de sus deseos de salir á respirar un poco el aire libre.

ENG. Pues acaso vive preso aquí?

ALEJ. A quebrantar un poco la monotonía de esta vida prosáica.

ENG. Monotonía? Es él ó es V. quien da ese nombre á la felicidad, á la paz doméstica?

ALEJ. El es quien (Con aspereza.) se queja de que le tiene V. demasiado.... sujeto.... demasiado...

ENG. Se queja? Leoncio? (Levantándose.) á V. se le ha quejado? Y por qué no me ha dado á mí esas quejas? Con qué no he conseguido hacerle dichoso? Con qué disimulaba y padecia? Con qué me engañaba?

(Con gran desconsuelo se cubre el rostro con ambas manos y llora.)

ALEJ. Pero señora; en nombre de la sensatez y de la prudencia,

oígame V.—Qué motivo hay para ese llanto? Dos amigos proyectan un corto viaje ; se convienen en marcharse al instante, porque el uno de ellos, que soy yo, no puede esperar : V. estaba ocupada ; Leoncio se va á preparar su maleta, y me encarga prevenga á V....

ENG. No se atreve él á decírmelo ! Su conciencia le dice que obra mal!

ALEJ. Oh ! eso es irracional, señora doña Engracia. Graduar de *crímen horrendo* el capricho de irse á dar un paseo!... Si á un hombre de la edad y circunstancias de Leoncio le ha de estar vedado el salir de su casa, dígole á V. que el matrimonio no es un lazo social, sino una cadena insoportable.

ENG. Cadena!... (Enjugándose las lágrimas apresuradamente.) Oh ! no!... Dios libre á mi Leoncio.... y á mí tambien, de concebir semejante idea ! No seré yo quien le encadene.... No por Dios!... Libre está : (Enterneciéndose otra vez.) que se vaya.... Pero, á dónde me le lleva V.? la verdad.

ALEJ. Ahí cerca.... á Madrid.... Luego no sé si darémos un vistazo á Paris....

ENG. A Paris ! por cuánto tiempo?

ALEJ. Qué sé yo !... seis ú ocho meses.... un año tal vez....

ENG. Un año !... un año !! Vírgen mia de la Paz !

(Se sienta y llora.)

ALEJ. (Me impacienta.) Pero, señora mia, no parece sino que se le llevan á la guerra ! Esos extremos inconsiderados son los que temia Leoncio : y crea V. que si ve esa descompostura, esa inmotivada afliccion....

ENG. Oh ! sí, sí, (Esforzándose á serenarse.) tiene V. razon : no la verá.... ya estoy tranquila : mi pena le causaría tedio, le impacientaria.... tal vez le haria aborrecerme.... Jesus !... pobre Leoncio mio ! Bien, ya estoy serena.... sí señor.... Pero me le cuidará V.?

ALEJ. Eso, como si fuera mi hijo.

ENG. Ay, que V. no sabe lo que es cuidar hijos !

ALEJ. (El diantre de la mujer tiene unas ocurrencias !...)

(Va dando muestras de estar conmovido.)

ENG. Y á mí quién me cuidará en su ausencia?

ALEJ. Usted no se queda sola; tiene V. á su niña, á su yerno, con quienes pasar una temporada. Tiene V. tambien á su hermana....

ENG. Mi pobre hermana, (Con intencion) Luisa, necesita más consuelos que yo, porque es más desgraciada; porque tambien la abandonó un hombre por el prurito de viajar, y por horror á todo dulce lazo; y ese hombre le prometió volver, y ese hombre no ha vuelto todavía!

ALEJ. Cómo!... Luisa es...? (Turbado.) Su hermana de V.?... Imposible!... Bien que eso no es ahora del caso. (A que tambien yo empiezo á delirar por una mera coincidencia de nombres? Qué infernal instinto mujeril éste de adivinarle á uno siempre el flanco!) Por último, señora mia, repito que el asunto es de bien poca monta: usted es una mujer de juicio, amante de su marido, y.... resignada, como religiosa, porque.... qué diantre! La religion no consiste sólo en irse á las novenas, sino en sujetarse cada cual á los deberes de su estado.

ENG. (Con dignidad.) Asimismo la entiendo yo; y así la practico, señor D. Alejandro.

ALEJ. Pues entonces verá V. que el suceso no es tan grave. El tiempo pronto se pasa. Aquí tendrá V. mil consuelos: cuanto la rodea le recordará á su Leoncio, y....

ENG. En efecto: cuanto me rodea.... Esa silla.... (Con amargura.) que me encontraré vacía á la hora de comer despues de haberla él ocupado veinte y cuatro años consecutivos!.... su despacho vacío á las horas en que solia trabajar.... y su acostumbrado puesto en la iglesia tambien vacío.... y un triste vacío siempre y en todas partes!... En casa, en la calle, en el paseo!... siempre un vacío lúgubre y siniestro en mi corazon!

ALEJ. (Muy agitado.) Por Dios, por Dios santo!

ENG. Ay! señor D. Alejandro!... que V. no sabe lo que es hallarse una acostumbrada á la contínua presencia de una persona querida del alma; no separarse nunca de ella sino por breve rato, y aún ese pasarle con inquietud; y anhelar su vuelta; y avisarnos el corazon de que ya viene; y escuchar el rumor de aquellos pasos tan

conocidos; y sentir gradualmente que se acercan, y verle entrar... Ay, Leoncio mio! Cuándo volverás tú á entrar por las puertas de esta casa! Y qué será de esta casa cuando tu voz no resuene en ella, y tu ausencia le robe su alegría!...

ALEJ. (Ay, ay! ay!... á que me hace llorar á mí tambien!) Eso no es lo prometido: V. dijo que se serenaria, que se conformaria con su marcha.

ENG. Yo me resignaria á que se fuese, habiendo necesidad; mas no á que sin ella se me quiera ir. No extrañe V. mi pena; no es toda por la separacion, sino porque la venda que me cubria los ojos se ha desatado de improviso, y veo... ay de mí!... veo claramente ahora que Leoncio no era feliz conmigo! Ni cómo pudiera serlo?... Yo pobre mujer, criada en este lugar, santamente, sí, en el recogimiento y la virtud; pero sin los brillantes atavíos de la educacion cortesana!... ¿Cómo habia de conservarme á la altura de un señorito madrileño, *iniciado*, como ellos dicen, en los adelantos del siglo? Ahora lo veo todo claro, y veo tambien que V. ha sido siempre mi mayor enemigo.

ALEJ. Yo, señora!

ENG. Usted, usted, que era siempre el punto de comparacion de Leoncio; el símbolo, el recuerdo de todos los placeres; de esa existencia dorada, tan contrapuesta á lo que V. llamaba hace poco con sarcasmo y desden, *vida prosáica*.

ALEJ. El caso es, mi señora doña Engracia, que... (pero qué talento tiene esta mujer!)

ENG. Toda mujer al casarse ha de luchar con el recuerdo de las brillantes fantasmas mundanas que su marido le sacrifica. Yo tambien hube de pasar por ese combate: usted, amigo de Leoncio, compañero de las románticas aventuras de su juventud, las simbolizaba todas en su memoria: V. representaba la libertad fantástica, los seductores contrastes, la esperanza del vago porvenir: yo la materialidad sencilla y apacible del hogar doméstico. Usted era la poesía; yo la prosa! En vano me esforzaba: Leon-

cio echaba de menos el bullicio de la córte, los brillantes saraos, los espectáculos... Temblaba yo, temiendo una derrota! pero entonces era jóven, y Dios ama y bendice la juventud. Su providencia me concedió un hijo, y Leoncio quedó todo y enteramente mio!...

ALEJ. Luego V. misma viene á reconocer que son vanas aprensiones...

ENG. (*Interrumpiéndole.*) Aquel hijo ya no existe; y la hermana que le nació despues, abandonó poco há esta casa para reinar en la de su marido. Volvimos Leoncio y yo á quedarnos solos frente á frente... Yo echa ya una vieja...

ALEJ. (*En tono de sinceridad y no de requiebro.*) Vieja, eh?... sin una cana, sin una arruga; con esos colores, y ese talle, y...

ENG. Y treinta y nueve años, y mujer propia!

ALEJ. Qué disparate! En fin, veo que V. lo toma de una manera... Yo renuncio ya al tal proyecto.

ENG. No, no, ya es tarde: ya es preciso que mi marido haga un viaje. Si se quedara, no podria yo estar tranquila. En sus palabras hallaria mil alusiones á este nuevo sacrificio: me pareceriаn mentidos sus halagos, y desdeñoso hasta su mismo silencio. No, no: que se vaya... Cómo ha de ser!

ALEJ. Veo que es V. una mujercita de razon, de alma grande, y de.... Lo que yo sí le ofrezco á V. es contribuir por mi parte á que la ausencia no sea larga.

ENG. De veras? (*Con efusion.*) Ah! cuánto, cuánto lo agradezco!

(*Le alarga la mano y Alejandro se la estrecha entre las suyas. Oyese un grande estrépito, rumor confuso de voces, y salen por el foro Leoncio y detrás Mariana.*)

ESCENA XIV.

DICHOS. LEONCIO. MARIANA.

LEONCIO. Y sobre todo, (*Colérico.*) no me gustan criadas respondonas.

ENG. Qué ha sucedido?

LEONCIO. Una friolera! Despues de una hora de trabajo para hacer

la maleta, le digo á esta mujer que me la baje, y me la echa á rodar por las escaleras.

MAR. Toma! Como que no sabe una nada, y de pronto sale usté con que se va á Madrid!... á las nueve de la noche!.. vamos, me quedé así.... como si me hubiera dado algo.... y se me aflojaron los brazos. Cuando á una le dicen.... así.... de sopeton.... un disparate....

LEONCIO. Pero ves qué insolencia? (A Engracia.)

ENG. Mariana! (Con severidad.)

MAR. Yo por usté lo digo, señora: que se nos va usté á morir de tristeza: á mí que se vaya, ó que no se vaya.....

LEONCIO. Mariana, si vuelves á hablar una palabra, ahora mismo te vas á tu casa.

MAR. A mi casa!... (Compungida.) cuál es mi casa? He tenido yo nunca más casa que esta?... Porque ven que una toma ley!.... (Se enjuga las lágrimas con el delantal.)

LEONCIO. Que calles te digo.

MAR. Sí: le parecerá á V. que no lo entiendo yo. A usté le escarabajea la conciencia porque se va; y como no está contento consigo mismo, la pega con los demás.

LEONCIO. Si no mirara....

ENG. Véte allá dentro. (Interponiéndose. Vase Mariana.)

LEONCIO. Nadie tiene la culpa más que tú, que les das esas alas á los criados.

ENG. Yo nunca puedo autorizar que te falten al respeto. Cuando se te pase el enfado, conocerás tu sinrazon. Y espero que se te pase pronto, porque.... supongo que no hemos de despedirnos así: pues que parece que se nos va su merced.

LEONCIO. Parece!... parece!.... Otra indirecta!... Qué quiere decir eso? que no he pedido licencia prévia para salir unos dias de mi casa? Ya venia yo á decírtelo... y si no hubiera sido por esa endiablada mujer.... Y tú tambien (Volviéndose bruscamente á Alejandro.) No te encargué que le dijeras?...

ALEJ. Tambien hay para mí? (Siéntase Leoncio.)

ENG. Me lo ha dicho; sí señor, me lo ha dicho. (Se acerca á Leoncio por detrás, y le dice cariñosamente poniéndole las manos sobre los

hombros.) Pero ahora es menester que yo sepa adónde va V. y qué es lo que necesita. Vaya, voy á recoger yo la maleta y á arreglarla por mi mano; porque si no.... estoy segura de que se te ha olvidado lo mejor.

LEONCIO. Haz lo que quieras: ahí están las llaves.... (Se las da: Engracia se va.)

ESCENA XV.

LEONCIO. ALEJANDRO.

LEONCIO. (Mudando de tono y de semblante.) Con qué... vaya: parece que no lo ha tomado muy á mal.... eh?

ALEJ. Hum! hum!... De todo ha habido. Lágrimas, quejas, suspiros. Al fin se ha serenado, y dice que no quiere oponerse á tu voluntad. Y el caso es que me ha dicho tales cosas que yo soy el que está casi pesaroso del tal proyecto. Te aseguro que es una alhaja tu mujer. Con una así, no es extraño que uno se apoltrone y se enchochezca. Yo, á la verdad, no quisiera que ella me acusára de que te saco de tus casillas, y.....

LEONCIO. Vamos, tú has reflexionado, y temes verte abochornado haciendo en el mundo elegante el papel de Mentor con un Telémaco paleto.

ALEJ. Qué desatino!... y para que veas....: si estás resuelto, vámonos ahora mismo. (Toma su gaban y gorra de camino que están sobre una silla.)

LEONCIO. En este mismo instante. (Sale Mariana.)

MAR. Señor, ahí está el mayoral del coche á preguntar cuándo engancha.

LEONCIO. Dile que cuanto ántes; y avisa á las señoras que nos vamos.

MAR. ¿Con qué al fin...

LEONCIO. Haz lo que te digo. Ah! mira, enciende la linterna grande, y alumbra á Pascasio, para que baje las maletas al portal. (Vase Mariana.)

ESCENA XVI.

LEONCIO: ALEJANDRO, despues ENGRACIA.

LEONCIO. Estás tú ya listo?

ALEJ. Enteramente. (Sale Engracia.)

ENG. Vamos, señor viajero, señor vagamundo. Está V. servido. Te he arreglado la maleta... y no es cosa lo que se te olvidaba! (Con risa forzada disimulando su emocion.) Ja! já! já! Lo más esencial. Medias de lana, la piel de liebre para el pecho; un millon de cosas. En fin, quién lo creyera!... hasta el devocionario! Allí te he puesto el mio... que es más chiquito... yo usaré el tuyo. Ah! y ten cuidado, que dentro va una estampa de San Rafael, y una medallita de la Vírgen.

ALEJ. (Ah! qué mujer!... envidia me da!)

LEONCIO. Bien, bien... pichona mia... Y tu hermana? (Conmovido.)

ENG. Ahí está junto á la puerta... sin atreverse á entrar: llorando como una Magdalena, la muy tonta!

(Se enjuga las lágrimas con disimulo. Alejandro la contempla estático. Sale Mariana con una linterna grande encendida y un criado que trae el capote y gorra de D. Leoncio.)

MAR. Señor, ya está ahí el coche. Se lleva esto?

(A Alejandro con muy mal modo y señalando á la caja.)

ALEJ. Sí. (El criado se lleva el estuche.)

ENG. Ahora venga V. acá, señor mio, que no quiero que se me constipe V.

LEONCIO. Qué haces, hija?

(A Engracia que se le acerca y le rodea al cuello una tira de cachemir.)

MAR. Nada: el mejor pañolon que tenia la señora, que le ha hecho cuatro pedazos.

LEONCIO. Pero, por Dios...

ENG. Calle V. su pico. Y este otro para V... (A Alejandro con agasajo.) por el interesillo de que me cumpla su palabra.

ALEJ. Cuente V. que... (Conmovido.) Qué bondad tan angelical!

ENG. Ahora el capote... la gorra... (Ayuda á su marido á vestirse: éste se cala la visera para ocultar su emocion, y sacando el pañuelo, se suena con grande estrépito para disimular el llanto.) Me escribirás?

LEONCIO. Pues no te he de escribir, cordera? Desde la venta enviaré un propio: luego desde Córdoba...

ALEJ. No señor... (Interponiéndose.) No escribirás. (Con resolucion.)

ENG.
LEONCIO. } Cómo?

ALEJ. Porque no te ausentarás; porque yo quiero que te quedes: porque lo exijo: porque nuestro descabellado proyecto ha llenado esta casa de consternacion... Leoncio! Quédate! (En tono triste.)

(Engracia y Mariana se hacen señas de inteligencia y satisfaccion.)

LEONCIO. Bien, hombre... yo... si tú te empeñas...

(Mariana al oir esto se abalanza á él, y entorpecida por su mismo apresuramiento le despoja del capote, de la gorra y del tapa-boca, sin que Leoncio se resista ni la mire siquiera.)

ALEJ. Quédate, Leoncio, y no malogres tanta dicha, ya que te la deparó tu buena suerte.

LEONCIO. Y á tí tambien, ¿quién te quitaria si quisieras...

ALEJ. (Con abatimiento.) Yo no tengo familia, Leoncio!

LEONCIO. Fórmatela.

ALEJ. Yo no tengo casa! vendí la de mis padres... y aquel solar venerando...

LEONCIO. Alejandro!... (Con solemnidad afectuosa y tomándole de la mano.) No tienes casa?... No la tiene tu amigo?... Pues bien: bajo este modesto techo...

ENG. (Imposible.) (Tirándole de una manga.)

LEONCIO. Bajo este techo modesto... (Aturrullado y mudando de tono.) ya ves... una buena casa... á mi suegro le costó una friolera. Bienes nacionales. Tú puedes encontrar otra ganga allá en la Rioja.

ALEJ. Adios, mi buen Leoncio! (Con ademan negativo y tristemente.) Adios, señora mia!...

LEONCIO. Adios, hombre, que nos escribas. (Enternecido.)

ENG. (Agarrándose estrechamente del brazo de Leoncio.) Que no nos eche V. en olvido.

ALEJ. Quién podria olvidar esta leccion... este interesante cuadro de paz doméstica!

LEONCIO. Ah!... á propósito de cuadro: no quiero que te vayas sin ver el mio. Mariana daca esa linterna.

(Mariana le da la linterna y vase. Leoncio arrima una silla al cuadro, se sube y le ilumina. Alejandro mirando la vírgen da un grito de asombro. Todo con rapidez.)

ALEJ. Dios mio!... esa cara.... es un retrato! á quién has retratado en esa imágen?

LEONCIO. Te acuerdas todavía? Eh?... Eneas fugitivo! á una antigua amiga tuya!

ALEJ. Dí mas bien á una víctima de mi ligereza.... Luisa!... Luisa!....

(Durante estas exclamaciones Leoncio se baja de la silla y deja la linterna, Engracia y él se dicen en escena muda: ENGRACIA.—Tú lo sabias?... LEONCIO.—Todo.)

Dónde está?... Si yo pudiera pedirle perdon....

ENG. Es que la absolucion no se da sin penitencia.

ALEJ. Expiacion.... reparacion.... sí, satisfaccion debida. Yo no la he olvidado jamás: y ahora que adivino lo que será Luisa copiando tal dechado...., si ella no me aborrece, pronto estoy....

ENG. Será posible?... pero entonces.... este viaje....

ALEJ. Yo ya no me voy.

MAR. (Saliendo.) Señor, el coche.

LEONCIO. Quédate, sí, Alejandro; juntos gozarémos duplicada felicidad.

ENG. (Llamando á la puerta del foro.) Hermana mia! (Sale Luisa, turbada.)

ALEJ. Luisa!...

LUISA. Alejandro! (Casi á un tiempo.)

LEONCIO. Abraza á tu marido!...

(Acercándolos. Ellos se abrazan. Engracia se deja tambien abrazar de su marido, pero con desden cariñoso y sin corresponderle. Leoncio le dice:)

Y nosotros?

ENG. Ya, ya ajustarémos cuentas.

MAR. (Muy alborozada..) Se sube el cajon de los menesteres?

ALEJ. No, no.... Esta noche á la posada.

(A Leoncio que va á preguntarle el por qué.)

Mañana aquí, (Estrechando la mano de Luisa.) á ratificar mi promesa, y hacerla santa. Aquí quiero arrojar el áncora por fin; aquí gozaré de paz y de ventura; aquí se inundará mi corazon en tierno afecto y amor puro; aquí respiraré tranquilo la atmósfera serena de la vida doméstica.

Eng. Vida de inefable dulzura...... (Con gracejo.) aunque prosáica.

(Cae el telon.)

Véndese á 4 rs. en las principales librerías de Madrid y las provincias.